

Dr. Luis P. Lenguas

Desaparece con el Dr. Luis P. Lenguas una de las más hermosas figuras médicas de nuestro país; hermosa por el perfecto equilibrio de sus condiciones morales e intelectuales; hermosa por el dilatado y benemérito ejercicio de una actividad profesional pocas veces igualada; hermosa por la rectitud de toda la línea de su vida, y hasta hermosa por la dulce majestad de su muerte.

Era uno de los más viejos técnicos de nuestra Asistencia Pública. Habiendo tenido a su cargo, durante largos años, tres Servicios con cerca de cien camas, que atendió con perfecta laboriosidad y competencia, que entregándolos en gran parte (sin resquemores y con el corazón alegre), a las necesidades de las Clínicas que se iban creando, para circunscribir su actividad al Servicio de Cirugía de Mateo Vidal, que desempeñó alrededor de cuarenta años.

Perteneció a la generación de Cirujanos iniciada entre el 1890 y 1900, con la creación del método aséptico, cuyos impulsores principales fueron, en Francia, Lucas Championnière y Terrier, última etapa de la revolución quirúrgica salida de los trabajos geniales de Pasteur. Quería a su arte por su belleza y por su austera nobleza; personificación de la probidad profesional, sólo amaba la sencillez y la simplicidad; pasó sobre la tierra para prodigar en ella el bien y para dar el ejemplo de lo que pueden realizar la conciencia, la abnegación y la soberana bondad. Como otro gran modesto, Schwartz “se ignoraba a sí mismo”. No dejó obra escrita; su obra verdadera esté en los cuarenta años de Cirugía en su Servicio del Hospital, que él tanto amaba; en donde, como “buen cirujano”, operador prudente y consciente, clínico avisado, de amplia experiencia, ha dejado innumerables discípulos.

Jefe durante más de treinta años del único Servicio de Cirugía General de Mujeres de la Asistencia Pública, su Sala no fué nunca, a pesar de no ser una Clínica oficial, el remanso en donde se estancan

las aguas dormidas; bien, por el contrario, allí llegaban incesantemente las corrientes vivas de las nuevas adquisiciones científicas y las nuevas técnicas en continua renovación, contraloreadas y depuradas muchas veces por su experiencia y buen sentido. Las puertas de su Servicio estaban abiertas a todos; su espíritu elevado y noble ignoraba esas larvas rampantes del egoísmo y la envidia; enseñaba, con su modalidad sencilla, quizá un poco nerviosa y febril todo lo que sabía, que era mucho. En su Sala, y por él dirigidos, forjaron sus armas muchos, muchos noveles cirujanos hoy definitivamente consagrados en nuestro medio, y a quienes él, junto con las disciplinas técnicas enseñó las más altas tal vez de la honestidad profesional y la bondad.

Fué la suya una hermosa vida, dinámica y fecunda, recta y buena; y cuando llegó la hora de partir, él, fuerte, de una ideología superior firmemente anidada en su espíritu selecto, miró la muerte sin temblor y sin angustia, quizá con una secreta alegría, y, varón fuerte, simplemente, entró en el gran Silencio.

JOSE IRAOLA